

Premios
«Príncipe de Asturias»

LETRAS

Los comienzos de un Nobel

(Mirada retrospectiva a «El tambor de hojalata»)

GÜNTER GRASS

Durante la primavera y el verano de 1952 viajé en autostop por toda Francia. No tenía de qué vivir, dibujaba en papel de envolver y escribía ininterrumpidamente: una especie de diarrea lingüística se había apoderado de mí (...).

En el verano de ese mismo año, cuando volviendo del sur de Francia atravesaba Suiza camino de Düsseldorf, me encontré allí, por primera vez, no sólo con Anna, sino que (...) una tarde, en una ocasión banal, vi, entre adultos que tomaban tranquilamente café, a un niño de 2 años que llevaba colgado un tambor. Aquella imagen me llamó la atención y se me grabó en la consciencia: la entrega embelesada del niño a su instrumento, así como el desprecio que simultáneamente manifestaba por el mundo de los adultos (señores que parloteaban mientras tomaban café).

Durante más de tres años ese «descubrimiento» estuvo sepultado. Me mudé de Düsseldorf a Berlín, cambié de profesor de escultura, volví a encontrarme de nuevo con Anna, me casé con ella al año siguiente, recogí a mi hermana, que se había metido vitalmente en un callejón sin salida, de un convento católico, dibujé y modelé figuras con forma de pájaro, saltamontes, y gallinas que parecían filigranas, fracasé en una primera obra en prosa, titulada «Los límites» (...).

Con ese equipaje —hecho de materiales que se habían ido quedando empolvados, propósitos indefinidos y ambición precisa: yo quería escribir mi novela, y Anna buscaba una formación más estricta en ballet— abandonamos a comienzos de 1956, sin un céntimo pero sin preocupación alguna, Berlín y nos marchamos a París. En las inmediaciones de la «place» Pigalle Anna encontró en madame Nora a una exigente madre bailarina rusa; yo, por mi parte, comencé, mientras iba puliendo todavía la pieza teatral «Los cocineros malvados», el primer borrador de una novela con títulos diversos y cambiantes: «Oskar el tamborilero», «El tamborilero», «El tambor de hojalata». En este punto se me bloquean los recuerdos. Sé, en concreto, que, recopilando el material épico completo, había esbozado gráficamente planes diversos y que los había ido llenando con epígrafes temáticos, pero esos planes fueron desapareciendo y siendo desechados según iba avanzando el trabajo.

También los manuscritos de la primera y la segunda versión, y al final también el de la tercera, fueron pasto de aquella estufa de mi cuarto de trabajo, de la que hablaré enseguida.

Con la primera frase del libro —«de acuerdo, soy un internado en una institución de asilo y salud»— cayeron todas las barreras, brotaron las palabras, empezaron a correr los recuerdos y la fantasía, el gusto lúdico y la obsesión por los detalles, y fue surgiendo capítulo tras capítulo, daba un salto allí donde los huecos vacíos impedían el flujo narrativo, la historia me entregaba los acontecimientos locales, se abrían cajones que empezaban a soltar olores, me fui dando una familia que crecía salvajemente, disputaba con Oskar

Matzerath y su tambor acerca de tranvías y sus líneas, de los sucesos que ocurrían y de la absurda coerción de la cronología, del derecho de Oskar a hablar en primera o en tercera persona, de su pretensión de querer engendrar un hijo, de sus auténticos pecados y de su culpa fingida (...).

Con mucha más exactitud que del transcurso de la narración me acuerdo del cuarto donde escribía: un agujero húmedo a ras de suelo, que me servía como «atelier» para las esculturas comenzadas pero interrumpidas por el comienzo de «El tambor de hojalata». Al mismo tiempo, ese cuarto de trabajo era la sala de calefacción de la diminuta vivienda de dos habitaciones que se encontraba encima. Mi tarea como atizador de la calefacción iba engranada al desarrollo de la escritura. Tan pronto como se atacaba el manuscrito, salía, a través de una trampilla que había en la fachada de la casa, con dos calderos a coger coque. En ese cuarto olía a masa de albañil y al gas de la infancia. Las chorreantes paredes mantenían el flujo de mi imaginación. Quizá la humedad de la habitación haya potenciado la gracia de Oskar Matzerath. Una vez al año, durante los meses de verano, podía permitirme, puesto que Anna era suiza, escribir, durante un par de semanas, al aire libre en Tessin. Me sentaba bajo una pérgola llena de parras en una mesa de piedra, miraba hacia el imponente paisaje del Sur que tenía enfrente y describía, sudando, el congelado mar Báltico.

A veces, para variar y distraerme un poco, garabateaba los esbozos de los capítulos en los Bistros de París,

Antiacciones

No me gusta repetirme,
dijo el papagayo: no
me gusta repetirme.

Dios es demostrable,
dijo el presbítero,
se montó en su bicicleta
y aportó así la prueba.

La culpa es de la tinta,
dijo el juez
y escribió su firma.

Me duele la cabeza,
dije yo,
y me quité los zapatos.

Günter Grass

Anuncio

Ahora busco algo,
sin querer encontrarlo.
Algo con lo que
pueda volverme viejo
e ir desmoronándome.
Algo con buenos presagios
y sin sabor agrídulo.
Si supiese la palabra
con la que nombrarlo,
pondría un anuncio:
busco para mí, sólo para mí,
también para días de lluvia,
incluso aunque me cubran las costras,
para mí...
Quizá me llames, buscada.

Günter Grass

como los que salen en las películas: entre parejas trágicamente enamoradas, mujeres ya mayores metidas en sus abrigo, paredes llenas de espejos y ornamentos déco (...).

Y, a pesar de todo, tuve que haber vivido, en esa misma época, bastante a fondo, cocinado servicialmente y

haber bailado, en cada ocasión que se presentase, por disfrutar de las piernas de bailarina de Anna, pues en septiembre de 1957 —cuando estaba en medio del segundo borrador— nacieron nuestros gemelos, Franz y Raoul. Ni un solo problema con la pluma, sólo con el dinero. Vivíamos, al fin y al cabo, con 300 marcos mensuales cuidadosamente distribuidos, que ganaba en trabajos ocasionales.

A veces pienso que el hecho tonto, que, sin embargo, tanto afligía a mi padre y a mi madre, de no haber realizado el Bachillerato ha servido para

Madre e hijo

GÜNTER GRASS

Forzarme, no me ha forzado, pero sí convencido, el muy pilla. Eso siempre se le había dado muy bien, hasta que lograba que yo le diera el sí. Y aquí estoy, ahora resulta que sigo viva, que tengo más de cien años y disfruto de salud, y todo porque él quiere que esto sea así. En eso siempre fue grande, desde el primer día, cuando todavía no levantaba un palmo. Puede mentir sin esfuerzo alguno y hacerte promesas maravillosas: «Cuando sea grande y famoso, entonces iremos de viaje a donde tú quieras, mamá, incluso a Nápoles». Pero ahora tengo que conocer, sólo

porque mi hijo lo quiere así, también el euro. Aunque antes quiere celebrar mi cumpleaños, exactamente el 103. Bueno, por mí. El pícaro tiene, entretanto, más de 70 años y se ha convertido, hace ya tiempo, en una personalidad importante. Pero no hay manera de que acabe con esa manía de contar historias. Algunas incluso me gustan (...). Y del 2000 también me alegro. Ya veremos qué nos espera... Con tal de que no venga otra vez la guerra... Primero allá abajo, y luego en todas partes».

Texto perteneciente a su último libro, «Mi siglo».
Traducción: Luis Meana.

protegerme. Pues con el título de Bachiller seguramente habría recibido ofertas de trabajo, me habría convertido en redactor de noche de la radio, hubiera metido en el cajón el manuscrito comenzado y, como escritor abortado, habría ido destilando un resentimiento creciente sobre todos aquellos que se habrían ido dedicando a escribir libremente sin ocuparse de nada más, y a los que el Padre Celestial también los alimenta a pesar de todo (...).

Cuando en la primavera de 1959 había acabado el manuscrito, corregido las pruebas y devuelto las galeras, recibí una beca de cuatro meses. Una vez más Höllerer me había ayudado. Debía ir a EE UU a responder a las preguntas de los universitarios norteamericanos. Pero no me fue posible. (...) Pues me enteré de que, en numerosos puntos de mis pulmones, se habían formado tubercolomas, y cuando aparecen causan unos agujeritos en el pulmón. Por eso, y también porque en Francia, entretanto, De Gaulle había llegado al poder y porque, tras una noche en poder de la Policía francesa, hasta llegué a sentir nostalgia de la Policía alemana, abandonamos París, poco después de la publicación de «El tambor de hojalata», y nos instalamos, de nuevo, en Berlín. Allí me veía obligado a dormir después de comer. A renunciar al alcohol, a ir regularmente a revisión médica, a tomar nata y a tragar, tres veces al día, unas tabletas blancas, que se llamaban, creo, Neoteben, que me sanaron, pero que me hicieron engordar.

Aún en París había comenzado ya con los trabajos previos de la novela «Años de perro» (...). Pero, además, me había vuelto ya famoso y ya no necesitaba, a la hora de escribir, alimentar a la estufa con coque. Pero, desde entonces, escribir resulta mucho más difícil.

Texto difundido por primera vez el 16 de diciembre de 1973 por la Westdeutsche Rundfunk.

Traducción: Luis Meana.

La literatura como vocación

LUIS MEANA

Este sencillo texto, que se lee como una obertura apasionada, refiere el inicio de una arriesgada y afortunada historia literaria, de la que el barroco texto final de «Mi siglo», con la ficción de la madre resucitada, constituye su contraportada. Es decir, la historia personal, familiar y literaria del autor vista con la ventaja de quien puede mirarla desde el reverso, o sea, de quien puede leerla con la perspectiva ventajosa de conocer el triunfo final. Ese texto retrospectivo forma, a su vez, la declaración más solemne, dentro de la obra de Grass, de su vocación literaria, y dibuja, con ello, muy grácil y gráficamente los dos polos extremos entre los que se mueve cualquier aventura literaria: el todo o la nada. De la nada de París al todo de Francfort. El que esa decidida vocación de Grass, que engendró a Oskar Mathzerath y otras enormes exuberancias literarias, haya caído de un lado, y no del otro, ayuda a mostrar lo cerca que se encuentran un polo del otro, y, por lo mismo, sirve para recordar a todos a los que su vocación y frenesí han llevado a resbalar por la dura pendiente del fracaso, sobre todo cuando se trata de una literatura como la alemana, que fue atravesada, como ninguna otra en el siglo, por los estigmas de la muerte, el exilio y el olvido, y ahí está la vieja y trágica antología de Kurt Pinthus «Menschheitsdämmerung» para demostrarlo y recordarlo.

En ese sentido, la lectura de este bello texto retrospectivo de los inicios de Grass lleva a pensar, con automatismo, en muchas de sus contraportadas, es decir, en tantas historias contrarias, como la del gran Hermann Broch, quien también escribió magníficas novelas, ensayos magistrales —como «Hoffmannthal y su tiempo», un análisis, majestuoso, del arte kitsch del final del siglo XIX—, y a quien su irrefrenable vocación literaria llevo, desde la posición de rico hacendado de una familia industrial vienesa, a escritor tardío y exiliado, enfermo y marginal, y quien, en ese exilio americano forzado por el nazismo, se ve obligado a abandonar el hospital neoyorkino, en el que ha sido ingresado, por carecer de medios para pagarlo; regresa semimoribundo a su casa en el Metro, que casi no puede costearse, y, sin quitarse casi el pijama, se sienta a escribir, preso por el impulso de acabar la obra comenzada, hasta que el golpe mortal de la enfermedad le hace caer de bruces sobre el escritorio, y la muerte le pilla agarrado a su pluma como sólo puede agarrarse un naufrago literario. También la voz de ese canto a la literatura suena hoy en este triunfo rutilante de Günter Grass que celebramos, como celebramos su salvaje vocación literaria y alemana.

Luis Meana es un experto conocedor de la obra de Günter Grass, de cuya obra es traductor.